

Homilías Domingo 26 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo dijo Juan a Jesús:

- Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no es de los nuestros.

Jesús respondió:

- No se lo impedáis, porque uno que hace milagros en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros está a favor nuestro.

El que os dé a beber un vaso de agua, porque seguís al Mesías, os aseguro que no se quedará sin recompensa.

El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar. Si tu mano te hace caer, córtatela: más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos manos al abismo, al fuego que no se apaga.

Y si tu pie te hace caer, córtaselo: más te vale entrar cojo en la vida que ser echado con los dos pies al abismo. Y si tu ojo te hace caer, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que ser echado al abismo con los dos ojos, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga.

Palabra del Señor.

Homilías

(A)

APROPIARSE EL MONOPOLIO DEL BIEN

El apóstol Juan, con toda ingenuidad, le va a contar a Jesús, pensando que le habían prestado un servicio y que se lo iba a

agradecer, que había encontrado a un exorcista que echaba los demonios en su nombre, y que ellos se lo habían prohibido: ¡A ver con qué derecho iba echar él el demonio en nombre de Jesús si no pertenecía a su grupo. Jesús rectifica y les dice: "No se lo volváis a impedir, porque uno que hace milagros en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros, está a favor nuestro". Los apóstoles están afectados de un celo exclusivista, de estrechez de espíritu, de sectarismo intransigente e intentan monopolizar institucionalmente el carisma. En cambio, Jesús revela un espíritu abierto y generoso.

Seguimos teniendo la tentación de monopolizar el bien. En una parroquia se suministraban ayudas especiales en Navidad, se repartía ropa, alimentos, juguetes. Se le ocurrió a la Asociación de Vecinos hacer lo mismo. Los responsables de Cáritas de la Parroquia pusieron el grito en el cielo, porque "eso lo hemos hecho siempre nosotros y vienen a interferir nuestra acción. Eso es cosa nuestra". Si buscamos el bien de las personas, ¡qué más da quien lo haga; lo decisivo es que se solucionen los problemas y se expulse la indigencia! Hemos de dar testimonio personal y colectivo de que lo que nos interesan son las personas, no nuestro prestigio personal o colectivo.

Los heridos, los maltratados, los nuevos calvarios en los que están injustamente crucificados es el lugar donde nos hemos de encontrar todas las personas de buena voluntad sin diferencia de credos ni de filosofías. Como confesaba Ibn Arabí, "mi credo es el amor". En esta fe hemos de coincidir todos.

EL ESPÍRITU NO ESTÁ ENJAULADO

Frente a la actitud de las sectas, que se arrogan el monopolio del bien y creen tener a Dios en exclusiva, la Iglesia de todos los tiempos, pero especialmente la del Concilio Vaticano II, resalta que el Espíritu sopla donde quiere y actúa en la sociedad; por eso, -afirma el Concilio- la Iglesia también tiene que aprender del mundo, de los avances humanitarios de la sociedad; ha de escudriñar los signos de los tiempos, verdadera voz del Señor (GS 44.2). El Espíritu actúa en las otras religiones, en toda persona de

buena voluntad, aunque esté al margen de la fe. Dios no tiene santuarios especiales en los que únicamente realiza los milagros y atiende a los que los visitan. El mundo es el gran templo en el que Dios habita y actúa. Y en el corazón de cada persona. Y está en el centro de los hombres que se asocian para luchar por una sociedad mejor.

No hay una actitud que predisponga más en contra de la fe, de la Iglesia y de cualquier institución o persona, que la altanería sectaria: "Nosotros tenemos el monopolio del bien y de la verdad, con exclusión de todo mal. Y los demás detentan todo el mal sin mezcla de bien alguno". Es de justicia reconocer el bien de los demás, sus aciertos, sus éxitos, su generosidad, sobre todo en el que está alejado de la fe, en el familiar, en el vecino, en las instituciones culturales o humanitarias.

Con frecuencia afloran en algunas personas y grupos un tanto cerrados de la Iglesia la descalificación y la crítica injusta. El reconocimiento sincero del bien del otro es condición imprescindible para el diálogo evangelizador, condición para que "los otros" presten oídos a nuestra propuesta evangélica. Los cristianos deberíamos valorar con gozo todos los logros humanos grandes o pequeños, y todos los triunfos de la justicia que se alcanzan en el campo político, económico o social, por efímeros que nos puedan parecer. La sociedad, azuzada por la prensa, divide entre "los suyos" y los "nuestros", los buenos y los malos. Los políticos que luchan por una sociedad más justa, los periodistas que se arriesgan por defender la verdad y la libertad, los obreros que logran una mayor solidaridad, aunque no parezcan siempre ser de los nuestros, "están a favor nuestro" si se esfuerzan por un mundo más humano.

EL RETO DE LOS ALEJADOS E INCREYENTES

Se le presenta en Madrid un hombre a Nicolás Castellanos, premio Príncipe de Asturias de la Concordia, y le dice de sopetón: "Yo no creo en Dios, pero creo en lo que usted hace en favor de los pobres y desheredados. Tome un cheque". Nicolás Castellanos lo mira atónito: Era una cantidad multimillonaria. He aquí un hombre ecuménico. ¿Quién duda de que un gesto tan desbordante

es una llamada a todos los cristianos practicantes que decimos creer que Cristo vive en el que sufre?

Pensemos, tal vez, en vecinos, familiares alejados o increyentes que, sin embargo, están al lado de cualquier necesitado. Es un terrible argumento que esgrimen muchos para defenderse de la fe, sobre todo cuando, además de ver el testimonio de un gran humanismo en personas increyentes o que no practican, son testigos al mismo tiempo de la mezquindad y del egoísmo de cristianos practicantes. "Si ellos sí, nosotros más", hemos de decirnos; si ellos se desviven por los demás, por el bien común, nosotros más, ya que tenemos la gracia de la fe que nos revela la dignidad divina de todo hombre.

¡Qué consejo tan sabio el de Pablo a los filipenses: "Probad y aprobad todo lo que es justo, verdadero, honesto, estimable: hacedlo vuestro, venga de donde venga, porque, en definitiva, viene de Dios, fuente de todo bien" (Flp.4,8).

(B)

Una idea recorre las lecturas de esta Celebración de hoy. "¿No son de los nuestros les dejamos hacer el bien, les dejamos predicar?"

Los discípulos de Jesús vuelven contentos después de haber sido enviados por Él a predicar, y presumen de haber querido impedir a otros que prediquen y hagan el bien, porque lo hacían en nombre de Jesús, y no eran de los suyos.

Jesús desautoriza su actuación y les dice: "Todo el que no está contra nosotros, está a nuestro favor".

Los cristianos en vez de imaginarnos enemigos y de fabricar fantasmas, tenemos que contar y colaborar con todas las personas de buena voluntad, que son muchos más de lo que pensamos.

Los cristianos tenemos una tarea: seguir a Jesús que nos habla de amor y de unidad. Y que nos dice que "los nuestros" son todos los que no están contra nosotros.

Esto quiere decir que debemos alegrarnos cuando desde otros grupos y de modo diferente al nuestro se trabaja en favor de las personas, y por lo tanto en favor del reino de Dios.

Significa, también, que podemos y debemos sumar nuestros esfuerzos a los de todas las personas de buena voluntad, aunque no compartan nuestra misma fe.

No debemos presentar al mundo el escándalo de la desunión de las personas de bien.

Si todos buscamos la paz, la justicia, la igualdad y la fraternidad, ¿para qué pelearnos entre nosotros y vivir enfrentados? Esto lo podemos aplicar a todos los ámbitos de la vida: a la política, a la religión, a la convivencia social o familiar.

Jesús en el Evangelio es duro contra el escándalo, y pienso yo que en este momento el mayor escándalo que estamos presentando al mundo y a nuestra sociedad es nuestra desunión, nuestro partidismo, nuestro egoísmo, cuando decimos: "no es de nuestro grupo".

El famoso misionólogo francés P. Charles contó en una conferencia pronunciada en Burgos la historia de una curiosa discrepancia entre dos Tribunales de Justicia. La cosa ocurría en Senegal, cuando el país estaba aún bajo dominación francesa y existía un doble Tribunal para entender en las causas de los africanos. Un negro, que al pasar junto a una finca se atrevió a entrar y coger algunos frutos para dárselos a su mujer, fue condenado como ladrón por el Tribunal francés. El negro apeló entonces al Tribunal indígena, que re-estudió a fondo el caso y, ateniéndose al viejo código tradicional, pronunció sentencia condenatoria contra el propietario de la finca, porque cuando el negro, antes de robar, le pidió alimentos para su mujer en cinta y a punto de caer extenuada se negó a prestar el auxilio a alguien que precisaba indispensablemente su ayuda.

Creo que no he dicho que el primer Tribunal estaba formado todo él por civilizadísimos europeos, mientras que el segundo lo formaban semianalfabetos africanos. Creo que tampoco he dicho que los miembros del primer Tribunal eran en su totalidad cristianos (o presuntos cristianos), mientras que el segundo se regía por un código pagano.

Y ahora habrá que preguntarse quiénes eran, de veras, los civilizados y quiénes realmente los que vivían el Evangelio de Cristo. Porque -como escribe Cabodevilla comentando esta anécdota- resulta que «a la hora de exaltar las excelencias y

méritos de la caridad enseñada por Cristo hay, desgraciadamente, que distinguir cuidadosamente entre la caridad cristiana y la caridad de los cristianos». Porque con demasiada frecuencia nuestras maneras de interpretar el Evangelio son simples calumnias de ese Evangelio que queremos aplicar. En cambio, por fortuna, también descubrimos que a veces las semillas del verdadero Evangelio han dado sus frutos auténticos en almas que creían no conocerlo.

Y así es cómo toda nuestra civilización está montada sobre unas leyes que protegen la mitad de la justicia: te castigan si quitas algo a tu prójimo, pero no si injustamente haces tuyo exclusivo algo a lo que todos deberían tener derecho. Te llaman delincuente si hieres a tu vecino con una navaja, pero no si le haces la vida imposible con tus injustas recriminaciones. Te llaman violador si abusas físicamente de una mujer, pero te proclaman «listo» si simplemente la engañas con tus mentiras. Te califican de vago si no tienes oficio ni beneficio y te envidian si conoces bien las trampas para no dar golpe en tu trabajo. Te llevan a los Tribunales si firmas un cheque sin fondos, pero no si toda tu vida está montada sobre la mentira.

Por fortuna hay siempre un Tribunal de apelación que es, en esta tierra, la instancia de la propia conciencia y, en la otra vida, el juicio de Dios.

Ahí estudiarán mejor la causa. Y tal vez condenen a los que en este mundo eran aplaudidos.

¿No seremos capaces de una vez de olvidarnos un poco de nosotros, de nuestro grupo político, de nuestra religión personal, y colaborar unidos en favor de todos?

Además decimos todos que buscamos el bien de la sociedad, el bien de los otros, pero les impedimos trabajar.

Vamos a dejar de escandalizar a la gente sencilla con nuestros egoísmos. Vamos a dejar de buscar sólo nuestro provecho o el de nuestro grupo, y vamos a trabajar unidos a todas las personas de buen corazón.

La enseñanza de Jesús es clara, dejadles trabajar, trabajad unidos. No deis el escándalo de la desunión, del partidismo, del enfrentamiento entre los que decís trabajar en favor de la sociedad y de las personas.

(C)

A una persona no se la conoce por lo que dice sino por su corazón.

Sería estupendo que en nuestro carnet de identidad pudieran escribirse estas palabras: fulano de tal es una persona de buen corazón.

Una persona de buen corazón es capaz de llegar a estar más enamorada de los demás que de sí misma. Dígalo, si no, la madre Teresa de Calcuta, quien, al preguntársele si estaba casada, respondió: «Con Jesús; y es muy exigente conmigo». Con esto daba a entender que, al ver el rostro de Cristo crucificado en todos los que sufrían, se sentía obligada a darles toda su ayuda.

Los que creemos en Cristo tenemos motivos más que los demás para amar, servir y perdonar.

Se cuenta que el apóstol san Juan, ya muy anciano, en sus predicaciones repetía una y mil veces aquellas palabras de Jesús que le habían quedado tan grabadas en la memoria: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado». Sus discípulos, cansados de oír tantas veces lo mismo, se quejaron:

-¿Por qué nos hablas siempre de lo mismo?

-Porque es el mandamiento del Señor -contestó san Juan- y porque, si lo cumplís, ya os basta.

A veces damos un buen consejo a alguien o le decimos: «Rezará por ti». Y con esto ya creemos que hemos cumplido. Pudiera ser que Dios no se contente con eso. Pudiera ser que el Señor desee conceder lo que le pedimos, pero precisamente haciendo nosotros lo que está en nuestras manos.

Sobre el altar de una parroquia colocaron un día un Cristo sin brazos. Tenía esta inscripción: «No tengo más brazos que los tuyos». Hermanos: Jesús quiere hacer mucho bien en el mundo por medio de ti y de mí... Y no olvidemos lo que nos dice el Evangelio de hoy: un vaso de agua que demos a beber al prójimo por amor a Cristo no quedará sin recompensa.

Seamos, pues, generosos. Vale la pena.

(D)

¿MERECEMOS UNA PIEDRA DE MOLINO?

Hay muchos cristianos que creen que cuando el Papa o los obispos hacen una advertencia sobre la sociedad actual que eso no van con ellos. Que la cosa irá contra el Gobierno socialista, o contra los agnósticos o contra los que se dicen creyentes y no practicantes. Pero no va con nosotros: creyentes y practicantes, más o menos.

Pero no sería serio —ni honrado— escurrir el bulto y dejar caer el peso de la reprimenda, de la bronca, sobre los demás y nada respecto a nosotros. El Papa está diciendo una y otra vez que mientras en la Iglesia primitiva los cristianos fueron levadura en una sociedad pagana y la convirtieron en cristiana a costa de su propia vida, nosotros, hoy, estamos dejando paganizar nuestra sociedad, nuestras familias, nuestros pueblos...

2.- Es mucha verdad que no se protege la moralidad, ni la honradez, ni la unión familiar, ni se estimula el amor al trabajo, ni se facilita una formación ética o religiosa a nuestros niños, sino que muy al contrario todo lo que se mete en nuestras casas por la televisión o por las revistas lleva a la permisividad sexual, al cambio de pareja como se cambia de camisa, a ganar dinero fácil a costa de todo.

Sabemos que las leyes no protegen a la familia, obstaculizan o impiden la enseñanza religiosa, dejan indefenso al niño no nacido y dan facilidades para cambiar de pareja, en cuanto se crea necesario y de manera rápida por el llamado divorcio Express.

Y es que cuando desaparece Dios como norma todo se tambalea.

3.- Pensemos, por ello, cada uno de nosotros ¿qué puesto ocupa Dios en mi vida personal y familiar?. Si cuenta en nuestras decisiones y lo hacemos ver a nuestros hijos, marido, familia...

que, en efecto, Dios cuenta en mi vida y por ello tomo determinadas decisiones...

¿De nuestros pequeños nos preocupamos no sólo de la formación de su corazón, sino de que sepan cosas elementales (como nos preocupa que sepan leer)?

No es raro al llegar los Niños a la Primera Comunión que no sepan ni el Avemaría, ni los mandamientos. ¿Qué hacen nuestras catequesis, nuestros colegios, nuestras familias...?

¿No somos todos seguidores asiduos del consumismo, adoradores secretos del dinero, del éxito? Por eso es bueno que nos preguntemos: ¿Quién es nuestro Dios?

4.- ¿A nuestros jóvenes y niños no les damos todos los caprichos y lo único que nos preocupa es que lleguen a conseguir los mejores puestos en la sociedad?

Y los jóvenes, que se presentan en casa cuando ya es de día, en contra de los tímidos consejos de los padres, porque no pasa nada, entre chicos y chicas no pasa nada, pero lo extraño es que no pasando nada haya tantas bodas porque el avión de Air France trae de París al niño quintomesino. ¿Y no pasa nada? Todos nos estamos dejando arrastrar por el ambiente y no hacemos nada, o casi nada...

5.- Hemos sido llamados a ser sal de mundo, pero en lugar de ser sal para la sociedad en que vivimos, hemos perdido todo el sabor y nos hemos convertido en serrín que todo lo seca. Y en lugar de ser luz somos bombillas fundidas y con los filamentos rotos.

Por eso, ¿no tendremos también nosotros que buscarnos una piedra de molino que nos quepa en el cuello?

(E)

A favor nuestro.

Con frecuencia, los cristianos no terminamos de superar una mentalidad de casta privilegiada que nos impide apreciar todo el bien que se realiza en ámbitos alejados de la fe.

Casi sin darnos cuenta, tendemos a pensar que somos nosotros los únicos portadores de la verdad, y que el Espíritu de Dios sólo actúa a través de nosotros.

Una falsa interpretación del mensaje de Jesús nos ha conducido a veces a identificar el reino de Dios con la Iglesia. Según esta concepción, el reino de Dios se realizaría dentro de la Iglesia, y crecería y se extendería en la medida en que crece y se extiende la Iglesia.

Y sin embargo, no es así. El reino de Dios se extiende más allá de la institución eclesial. No crece sólo entre los cristianos sino entre todos aquellos hombres de buena voluntad que hacen crecer en el mundo la fraternidad.

Según Jesús, todo aquél que «echa demonios en su nombre» está evangelizando. Todo hombre, grupo o partido capaz de «echar demonios» de nuestra sociedad y de colaborar en la construcción de un mundo mejor, está, de alguna manera, abriendo camino al reino de Dios.

Es fácil que también a nosotros como a los discípulos, nos parezca que no son de los nuestros, porque no entran en nuestras iglesias ni asisten a nuestros cultos. Sin embargo, según Jesús, «el que no está contra nosotros, está a favor nuestro».

Todos los que, de alguna manera, luchan por la causa del hombre, están con nosotros. «Secretamente, quizás, pero realmente, no hay un sólo combate por la justicia - por equívoco que sea su trasfondo político - que no esté silenciosamente en relación con el reino de Dios, aunque los cristianos no lo quieran saber. Allí donde se lucha por los humillados, los aplastados, los débiles, los abandonados, allí se combate en realidad con Dios por su reino, se sepa o no, él lo sabe» (G. Crespy).

Los cristianos deberíamos valorar con gozo todos los logros humanos grandes o pequeños, y todos los triunfos de la justicia que se alcanzan en el campo político, económico o social, por efímeros que nos puedan parecer.

Los políticos que luchan por una sociedad más justa, los periodistas que se arriesgan por defender la verdad y la libertad, los obreros que logran una mayor solidaridad, los educadores que se desviven por educar para la responsabilidad, aunque no parezcan siempre ser de los nuestros, «están a favor nuestro» si se esfuerzan por un mundo más humano.

Lejos de creernos portadores únicos de salvación, los cristianos debemos acoger con gozo esa corriente de salvación que se abre camino en la historia de los hombres, no sólo en la Iglesia, sino también junto a ella y más allá de sus instituciones.

(F)

Escandalizarse.

Con cierta frecuencia se oye hablar entre nosotros de acontecimientos, nuevas costumbres, espectáculos o hechos que "provocan escándalo".

Por lo general, se habla públicamente de escándalos cuando se lesionan valores que se consideran esenciales para la convivencia dentro de una sociedad.

Pero es curioso observar que los escándalos que producen mayor irritación son casi siempre aquellos que hieren las convicciones o la sensibilidad en lo que afecta al terreno sexual.

Jesús, por el contrario, habla más bien del "escándalo religioso", es decir, de todo aquello que puede desviar o alejar de la fe a los "pequeñuelos que creen".

El escándalo puede tener efectos destructivos para el que recibe su impacto, pero puede también convertirse en estímulo y acicate para la fe. No olvidemos que las persecuciones han fortalecido casi siempre la vida de las comunidades cristianas.

Naturalmente, ello depende en gran parte del modo de reaccionar de los creyentes ante el hecho escandaloso que perturba o hiere sus creencias.

Hay quienes lo hacen no desde una postura religiosa sino desde la irritación, el resentimiento o la indignación.

Su reacción exasperada, provocada no pocas veces por la falta de seguridad y solidez interior, les impide con frecuencia

ahondar más en su propia fe y enriquecer o purificar su adhesión creyente.

Hay también quienes, curiosamente, se dedican a proclamar a los cuatro vientos el escándalo que han recibido, con lo cual se convierten en sus mejores propagandistas y promotores.

Se diría que, por alguna razón difícil de entender, les interesa que el escándalo adquiriera una resonancia y un eco mayor que los que en un comienzo podía tener.

Hay incluso quienes reaccionan de manera más violenta recurriendo al insulto y los ataques personales, como si no existiera otra manera más digna y adecuada de defender las creencias y los valores agraviados.

Sin embargo, si como es normal, al escándalo religioso se responde desde una actitud religiosa, puede convertirse en invitación y estímulo para consolidar mejor nuestra fe y dar un testimonio firme de ella.

Tal vez la próxima presentación de una película "escandalosa" sobre Cristo nos ofrezca una buena ocasión para ello.

P. Juan Jáuregui Castelo